

CULTURA

Las lecciones de Miguel Artola

El gran historiador del liberalismo español muere en Madrid a los 96 años

JOSÉ ANDRÉS ROJO, **Madrid**
Desde muy pronto, Miguel Artola mostró maneras propias. Dedicó su tesis doctoral a estudiar qué diablos había ocurrido durante la Guerra de la Independencia, que fue una guerra civil y también una guerra contra un ejército invasor, y apuntó ya entonces a la importancia que tienen las ideas políticas en la configuración del Estado y la sociedad. Metido en aquel asunto, sus investigaciones desarmaron los relatos que reducían la extrema complejidad de aquel momento a una simple batalla entre los patriotas y los extranjeros. En lo que terminó siendo *Los afrancesados*, que se publicó en 1953, mostró que muchos de aquellos a los que la historiografía más convencional y españolista había tratado de traidores “se unieron voluntariamente a José [Bonaparte] para apoyarlo en sus proyectos reformistas y seguirlo en su política”. Las cosas no fueron simples, y el historiador tenía la obligación de reconstruir toda la gama de grises que gravitan alrededor de cualquier episodio del pasado. Esa ha sido una de sus grandes lecciones.

Ayer, a los 96 años, Miguel Artola murió en Madrid. El siglo XIX fue uno de los periodos que frecuentó con más perseverancia y mayor brillantez y, en buena medida, la etiqueta que lo define como el gran historiador del liberalismo es cierta. Tras bucear en las entrañas de los afrancesados y de procurar entender a la España que rompía en las Cortes de Cádiz con el Antiguo Régimen y entraba en la modernidad, Artola publicó a finales de los cincuenta *Los orígenes de la España contemporánea*. Otra lección: el historiador explora el pasado, pero tiene siempre una pata colocada en el presente. Y el presente que vivía entonces aquel estudioso que había nacido en San Sebastián en 1923 era el de la dictadura franquista, con lo que en algunos de los asuntos centrales que lo ocuparon están presentes las inquietudes de una época entera: qué pasó con la Revolución Francesa, qué mundo produjo, hasta dónde pudieron llegar los liberales, qué



El historiador Miguel Artola, en una imagen de 2013. / GORKA LEJARCEGI

peso tuvieron las distintas Constituciones y qué tipo de país fueron alumbrando, cómo terminó convirtiéndose el caciquismo en un elemento estructural en la España decimonónica.

Artola escribió alrededor de 30 libros. Estudió en Salamanca,

donde fue catedrático entre 1960 y 1969, y con el tiempo obtuvo algunos galardones de referencia: el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales reconoció en 1991 una mirada sobre la España que va del Antiguo Régimen que “combina el análisis de

las instituciones y el entendimiento de las realidades sociales y políticas subyacentes”; obtuvo el Premio Nacional de su disciplina en 1992 por *Enciclopedia de historia de España*; ese mismo año fue investido doctor *honoris causa* por la Universidad en la

que empezó a formarse. La mayor parte de su carrera la realizó en la Universidad Autónoma de Madrid, donde llegó tras dejar Salamanca y de la que se fue en 1988. Fue allí el primer director del Departamento de Historia Contemporánea y una de las figuras que rompieron con un oficio anclado en viejos convencionalismos para abrirlo a las corrientes críticas que llegaban de fuera: creó escuela, muchos discípulos suyos han sido después referentes de esta disciplina.

Otra lección: la curiosidad de un historiador lo obliga a frecuentar terrenos muy distintos. Artola empezó centrado en asuntos políticos, pero luego se enredaría en temas económicos (ferrocarriles, latifundios, hacienda), asuntos militares o temas constitucionales, e incluso publicó en 2012 junto a José Manuel Sánchez Ron *Los pilares de la ciencia*. Por dar una medida de su rigor: para profundizar en el liberalismo tuvo que ocuparse del Antiguo Régimen.

Y una más: el documento. Uno de los proyectos en los que Artola se embarcó desde la Real Academia de Historia, de la que formó parte desde 1981, fue el de volcar en la Red todos los documentos legales producidos en España, desde los godos hasta 1810. Y es que, para romper con las leyendas edulcoradas que maquillan lo que sucedió, hace falta entrar en lo que en cada momento se hacía y se escribía. Artola lo supo desde que se centró en los afrancesados. A muchos historiadores les encantaba, y les encanta, aquel relato glorioso del patriota contra el invasor, cuando igual el conflicto central de la Guerra de la Independencia fue otro. Muchos españoles, igual de patriotas, pelearon para que triunfara una dinastía extranjera porque creían que era el mejor camino para modernizar el país. Así que apostaron por José y sus ministros. Artola lo supo ver cuando empezaba la que iba a convertirse en una imponente carrera. Valga, pues, una última lección, la de que el buen historiador está obligado a reventar prejuicios.

OPINIÓN / JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO

Maestro de todos

Maravall me dijo: “Consúlteselo a ese joven historiador que acaba de sacar la cátedra en Salamanca, Miguel Artola. Es muy valioso, tiene mucho futuro”. Era a principios o mediados de los sesenta. Había llegado a mis manos un texto de Antonio de Capmany sobre las reformas políticas en la España de 1810 y no sabía si estaba publicado ya. Escribí a Artola y me contestó amablemente; no estaba publicado y me animaba a hacerlo. Fue el comienzo de una relación que se extendió a lo largo de más de medio siglo. Siempre fue igual de respetuoso, de amable, de profesional. Y no sólo conmigo, si-

no con toda nuestra generación. La última vez que lo vi fue en el homenaje a Santos Juliá en la Residencia de Estudiantes, en enero de este año. Se interesaba por nosotros, reconocía nuestro trabajo, se portaba como nuestro colega. Pero era nuestro maestro.

En aquellos interminables últimos lustros del franquismo surgieron esperanzas en nuestro panorama historiográfico. Los cantos a las glorias imperiales se vieron sustituidos por algunos planteamientos críticos de problemas históricos. Muchas novedades venían de fuera, asociadas a nombres como Tuñón de Lara o Ramos

Oliveira. Pero otras, y de las más importantes, venían de Salamanca: sus firmantes se llamaban Francisco Tomás y Valiente y Miguel Artola.

A principios de los setenta, Artola fue reconocido como líder de aquella renovación al encargarse de dirigir la serie de siete volúmenes sobre historia de España que publicó Alianza, más tarde con Alfabeta. Una serie que tuvo una característica muy peculiar: la supresión de la narración. Casi no había fechas, personajes ni anécdotas. Lo importante era el análisis estructural.

A Artola, en efecto, no le interesaba tanto la narración sobre periodos del pasado como el análisis de problemas. Comenzó especializándose, es cierto, en la guerra de 1808-1814 y el reinado de Fernando VII. Pero más tarde, cuando pudo escribir con mayor libertad, mostró su preferencia por temas de amplia duración: los ferrocarriles

en los siglos XIX-XX, la Hacienda del Antiguo Régimen, la del XIX, la monarquía o los modelos constitucionales, todo ello siempre en relación con España. Le recuerdo comentando, sobre la Guerra Civil de 1936-39: “Yo lo que quiero saber es cuántas locomotoras quedaron en manos del Gobierno y cuántas en las de los rebeldes; qué calzado tenían los ejércitos de uno y otro lado; cómo se alimentaban...”.

Miguel Artola ha vivido una vida plena, ha escrito mucho, se ha mantenido activo hasta el final y ha recibido todo tipo de reconocimientos: académico, Premio Príncipe de Asturias, Premio Nacional de Historia. Pero su mejor recompensa han sido sin duda sus discípulos: Fernando García de Cortázar, Pablo Fernández Albaladejo, Manuel Pérez Ledesma. Otros no hemos tenido la suerte de haber sido tan cercanos. Pero ha sido el maestro de todos. Es una pérdida enorme para todos.